

Martín

M. R.

° 14

Aventuras

de Pedro

Urdemales

**20
Ctvs.**



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSU
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Adelantado

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

AÑO I. N.º 14. Santiago de Chile, 18 de septiembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

Nuestro Gran Concurso de Pascua

\$ 5,000

en objetos de utilidad práctica, juguetes y dinero tiene el propósito de regalar a sus lectorcitos,

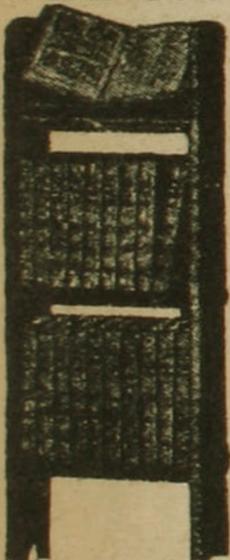
mamita

Ahí van algunos premios:

PRIMER PREMIO:

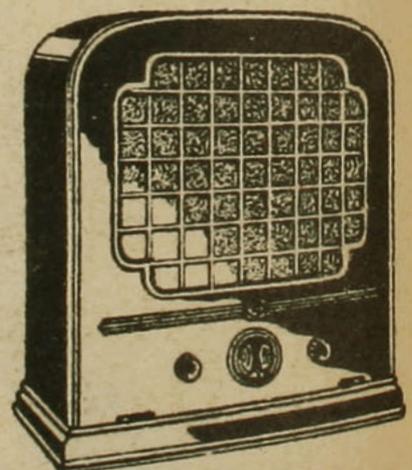
La Colección completa (20 tomos) de la regia enciclopedia «EL TESORO DE LA JUVENTUD», encuadernada en tela y en su regio estante especial... .. \$ 750.—

Obsequio de THE UNIVERSITY SOCIETY Inc., Bandera 86.



SEGUNDO PREMIO: Un receptor de radio, con su respectivo parlante dinámico en un lindo mueble de una pieza, y de la afamada marca TELEFUNKEN

Obsequio de Siemens Schukert Ltda., Huérfanos 1017.



\$ 550.—

3.º—Un precioso meccano, \$ 85; 4.º Una regia muñeca de loza, \$ 35.—Obsequios de la Juguetería Principal, Ahumada 19; 5.º: Un juego de soldados de guerra, \$ 60; 6.º: Un juego de soldados de artillería, \$ 60; 7.º: Una cocina y su correspondiente batería, \$ 45; 8.º: Un servicio de loza, de té, \$ 40. Obsequios del Bazar «El Globito», Av. Matta, 1042; 9.º Una bomba de incendio, con cuerda y luz, \$ 40; 10.º: Un costurero para niña con todos sus útiles, \$ 30; 11.º: Moderno sistema de juego de ruleta, \$ 30.—

LEANSE LAS BASES DEL CONCURSO EN EL N.º 12



Aventuras de Pedro Urdemales

(Cuento popular en Chile)



PEDRO Urdemales estaba sin dinero y corriendo mundo. Le sorprendió la noche entre unas montañas muy so-

las y no halló otra parte para guarecerse de la intemperie que una gran cueva que se abría en el fondo de una quebrada. Entró y sobre unas pieles de oveja se tendió a dormir.

Cuando despertó en la mañana, vió a su lado a un enorme Gigante que lo miraba con curiosidad.

—¿Quién eres tú?—le preguntó el Gigante—¿y quién te dió permiso para dormir en mi casa?

—Yo soy Pedro Urdemales—repuso el

interpelado—y para dormir aquí le pedí permiso a mi cuerpo, que se sentía fatigado y necesitaba descanso.

—¿Conque tú eres el mentado Pedro Urdemales? ¿Y es cierto que eres tan diablo como dicen?

—Tal vez no tanto, señor Gigante; soy regularcito, no más.

—Voy a probarte, para ver si la fama coincide con los hechos.

—Cuando quiera, pues, señor, estoy a sus órdenes.

—Bueno, vas a ser mi huésped por tres días y cada día haremos una apuesta; el que gane recibirá mil pesos del perdedor por cada apuesta en que salga triunfante. ¡Supongo que tendrás plata!

—¡Que no iba a tener este niño! Es claro, pues, señor, y aquí tiene para que vea—dijo Pedro, mostrando la puntita de un rollo que parecían billetes.

—Entonces, mañana lunes comenzaremos. Vamos a ver primero quién dispara más alto una piedra.

—Me parece muy bien. Pero sepa, señor Gigante, que yo soy rotito chileno y que nadie me la ha ganado hasta ahora a disparar peñascazos.

—Déjate de faramallas y mañana veremos quién gana.

Pedro Urdemales se levantó al otro día muy temprano, armó una trampa y poco después cazaba un pajarito de color gris, parecido a la diuca, que guardó en el bolsillo de la blusa.

Apenas se levantó el Gigante, le dijo:

—Ya es hora de hacer la apuesta.

—Bueno, pues, estoy a su disposición. Comience usted que es el dueño de casa.

Y el Gigante, inclinándose, tomó del suelo un enorme guijarro y lo lanzó con tanta fuerza, que, a pesar de su tamaño,

apenas se divisaba en el cielo y se demoró cerca de un cuarto de hora en caer.

—De veras que es bien forzado usted— dijo Pedro—pero ahora va a ver usted de qué es capaz un buen rotito.

Y sacando del bolsillo, oculto en la mano, el pajarillo que había cazado en la trampa, se inclinó a tierra como para tomar un guijarro, y, enderezándose, fingió que lo disparaba, y el avecita, viéndose libre, se remontó a tanta altura que se perdió de vista.

El Gigante se quedó esperando que la piedra cayese, pero Urdemales, sonriendo, le decía:

—Espere, no más; si la piedra todavía va subiendo, subiendo, y no dejará de subir hasta que llegue a la luna.

El Gigante se confesó vencido y pagó mil pesos a Urdemales.

—Mañana martes es la segunda apues-

Pedro, metiéndola en un saco, se la echó al hombro y se fué por esos caminos...



ta, y ahí sí que no me la vas a ganar. Vamos a ver cuál de los dos, de un solo bofetón, abre un hoyo más profundo en la roca.

—Aceptado. Y aunque sea difícil, Pedro Urdemales nunca se ha echado para atrás.

Mientras el Gigante salió a traer un ternero para el almuerzo, Pedro, con el asador abrió un hoyo tan hondo en la roca, que le cabía todo el brazo; y disimuló la abertura tapándola con una delgada piedra que calzaba perfectamente.

Después de desayunarse, al otro día, dijo Pedro al Gigante:

—A la hora que quiera puede empezar, que yo seguiré detrasito de usted.

Y sin hacerse de rogar, el Gigante dió tan feroz puñetazo en la roca, que metió todo el puño. Cierto es que de las coyun-

turas de los dedos le chorreaba abundante sangre.

—Ahora me toca a mí—dijo Pedro—.

¡Atención!

Y con toda su fuerza dió un puñetazo en la piedra que había puesto de tapa al hoyo fabricado el día anterior, y, tras de ella, con gran asombro del Gigante, metió el brazo hasta el hombro.

—Me ganaste otra vez—gruñó el Gigante, que no se explicaba cómo un hombre tan chico podía vencerlo. Y ya le dolía pagarle otros mil pesos más.

—Mañana hacemos la última apuesta. Si me vences en ésta, soy dado.

—Ni media palabra más, señor Gigante—le repuso—yo nunca digo que no. ¿Y cuál será esa apuesta?

—Veremos cuál de los dos arroja más lejos una lanza. Yo arrojaré ésta y tú la otra.

Al otro día, en cuanto estuvieron en el sitio en que iba a tener lugar la apuesta, dijo Pedro:

—Dispare usted primero, ya que se tiene por tan forzado.

Y aquel desaforado Gigante se puso en facha y casi sin hacer esfuerzo, lanzó el rejón tan lejos que cayó a más de diez cuabras de distancia.

—No lo ha hecho mal—dijo Pedro—. Ahora yo . . . pero, dígame antes: ¿dónde vive su señora madre?

—Muy lejos de aquí, pero muy lejos: en Francia. Por este camino derecho se llega a su casa, viajando en tren expreso, en quince días. ¿Y se puede saber para qué me lo preguntas?

—Para que este rejón que tengo en mis manos, que va a llegar allá en menos de quince minutos, le lleve memorias mías.

Y tomando la lanza del medio, comen-



—Este arbolito — le contestó Pedro — es el árbol de la plata...

zó a balancearla, como para que saliera con fuerza, al mismo tiempo que decía:

—¡Andate para Francia, rejón, rejón, rejón, y a la madre del Gigante, traspásale el corazón!

—Alto ahí—gritó el Gigante—eso sí que no. ¡Que mi madre es sagrada! Prefiero pagarte los mil pesos antes que le toques un cabello. Tómalos, vete y no vuelvas más para acá.

Se fué, pues, Pedro Urdemales pensando qué haría con tanto dinero, porque nunca había tenido tantos pesos en el bolsillo y concluyó por decirse: —Lo mejor es que lo entierre debajo de ese espino y solamente me deje unos cuantos reales. Cuando necesite más, vengo a buscarlos.

Y así principió a hacerlo, pero el Gigante, que desde lejos lo estaba mirando, en cuanto vió que guardaba el dinero, desgajó una roca enorme de arriba del cerro

y la echó a rodar guarda abajo. Tan grande era el ruido que traía, que la alcanzó a ver Pedro y de un salto se puso a un lado. Se salvó por un pelo, pero la roca tapó el hoyo que estaba haciendo y ahora sí que no le valieron las fuerzas. Por más que estuvo trabajando todo el día para moverla, fué inútil.

—Te has quedado enterrado, dinerito din, din, pero con estas dos onzas de oro que me quedan, no me faltará manera de hacerme rico otra vez—, se dijo a sí mismo y siguió andando.

Cuando pasó por un pueblo, cambió las onzas por moneditas de plata de un cuartillo. Más de mil le dieron, recién acuñadas, y tan limpiecitas que brillaban como un sol. Con un clavo le abrió un portillo a cada una y pasándoles una hebra de hilo, las fué colgando de las ramas de un árbol, como si fueran frutas.

Un caballero que venía por un camino que pasaba por ahí cerca, vió desde lejos una cosa que brillaba, y metiéndole espuelas al caballo, se acercó a ver qué era. Se quedó con la boca abierta mirando aquella maravilla, porque nunca había visto árboles que diesen plata.

Pedro Urdemales estaba sentado en el suelo, afirmado contra el árbol. El caballero le preguntó:

—Dígame, compadre, ¿qué arbolito es éste?

—Este arbolito—le contestó Pedro—es el Arbol de la Plata.

—Amigo, véndame una patillita para plantarla; le daré cien pesos por ella.

—Mire, patroncito—le dijo Urdemales—¿para qué lo engaño? Las patillas de este árbol no brotan.

—Véndame, entonces, el árbol entero; le daré hasta quinientos pesos por él.

—Pero, patrón, ¿cómo se figura que por quinientos pesos le voy a dar un árbol que en un solo año me produce mucho más?

Entonces el caballero le ofreció:

—Mil pesos te daré por él.

—No, patrón. ¿Se imagina que por mil pesos le voy a dar esta brevita? Si me diera la tontería de venderlo, no lo dejaría por menos de dos mil pesos; sí, señor, en dos mil pesos, ni un centavo menos, y esto por ser a usted.

Le dió el caballero los dos mil pesos y se fué con el arbolito. Pero, en su casa, vino a conocer el engaño, y fué tanta la ira que le dió, que le echó una maldición:

—Que el demonio te lleve por mal camino, burlador, y que hasta las viejas se rían y se burlen de ti.

Y sucedió que poco tiempo después, Pedro Urdemales ya se había gastado to-



Aquel desaforado Gigante se puso a macha y lanzó el rejón tan lejos...

do el dinero y no le quedaba más que una gallinita muy buena ponedora. Resolvió salir de nuevo en busca de aventuras y dejó la gallinita al cuidado de un vecino rico que tenía una hija muy hermosa y con la cual Pedro tenía muchos deseos de contraer matrimonio, por más que la niña, que sabía lo pícaro que era, hasta entonces no había dado oído a sus pretensiones.

Se fué. La niña estuvo una vez muy enferma y ¿no se le antojó que le hicieran dieta con la gallinita? Le recordó su padre que era ajena y que mejor escogiera otra para hacérsela guisar, pero la niña se empecinó, y su padre, que temió que enfermara de más gravedad, consintió que matasen la gallina de Pedro Urdemales, y la niña se la comió hecha cazuela.

Después de algún tiempo, Pedro pasó a buscar su gallina y se encontró con que se la había comido la niña. Pedro la recla-

mó y el padre ofreció pagársela muy bien pagada, pero Pedro no consintió:

—O me dan la gallina, o me llevo la niña que se ha comido la gallina.

Y nadie lo pudo sacar de esto.

Con mucha pena, el padre le entregó a su hija y Pedro, metiéndola en un saco, se la echó al hombro y se fué por esos caminos, hasta que, después de mucho andar, llegó a un rancho en que vivía una viejecita. Pedro le pidió agua, y ella le repuso que fuese él mismo a buscarla a un estero que corría a los pies del rancho.

Dejó Pedro su saco en tierra y con un calabazo que le proporcionó la anciana, fué en busca del agua. La señora aprovechó la ausencia de Pedro para ver lo que contenía el saco, porque era curiosa como un diantre, y lo abrió, y al ver a la linda niña que había adentro, se le ocurrió cambiarla por una perra arestinienta, muy

brava, que tenía. Así lo hizo; sacó a la niña, la escondió muy bien escondida, y en su lugar metió la perra en el saco.

Poco después volvió Pedro, y, echándose su saco al hombro, se despidió de la vieja y siguió su camino.

Mientras iba andando, la perra se movía en el saco, pero Pedro le decía, creyendo que era la niña:

—No se desespere, hijita, que luego vamos a llegar y quedará contenta.

Cuando llegó Pedro a su casa, abrió el saco para sacar a la niña, pero en vez de salir ella, saltó afuera la perra sarnosa y le mordió las pantorrillas.

Desde ese momento, Pedro Urdemales vivió muy triste. Ni una burla se le ocurría hacer, hasta que se enfermó de la pena que le causaba el haber sido engañado por una vieja.



La Negra y la Tórtola



(CUENTO POPULAR CHILENO)

PARA saber y contar, y contar para aprender; éste era un Rey casado con una niña muy linda, llamada Flor-de-Ulmo. Un día tuvo que salir de la ciudad para hacer la guerra a otro Rey, y como temía que en su ausencia sus enemigos se apoderaran de la ciudad, y entraran a robar a su palacio, arregló una cabañita arriba de un ulmo muy grande para dejar allí oculta a su esposa. Le dejó todo lo que necesitaba, con orden expresa de no bajar de allí hasta su vuelta.

Efectivamente, hizo como le había ordenado su marido, hasta que un día llegó una negra a sacar agua de un pozo que ha-

bía debajo del ulmo. Viendo la negra una bonita cara en el pozo, creyó que era la suya, y entonces se dijo:

—¡Tan bonita yo, y acarreando agua!

Tiró el cántaro, que se quebró, y se fué. Al otro día volvió; divisó la misma figura y dijo:

—¡Tan bonita yo, y acarreando agua!

Quebró otra vez el cántaro y se fué. Al tercer día, la misma cosa. Entonces Flor-de-Ulmo, que la estaba viendo, no pudo contenerse más y soltó una carcajada. La negra, muy sorprendida, miró hacia arriba y dijo:

—¡Ay, la señorita! ¿Qué está haciendo ahí la señorita tan linda y tan solita? Baje para acá, un poquito. Yo traigo unos pastelitos ricos que acabo de sacar del horno.

—No, negra—dijo ella—porque el Rey se enojará conmigo si lo hago.

—¿Y quién se lo dirá, señorita? Baje,



—¡Tan bonita yo y acarreando agua!...

no más. Ya estará cansada su merced de estar ahí.

Tanto le instó, que, al fin, se decidió a bajar. Se sirvió el pastel que le regaló la negra Mandinga, y, como se sintiera fatigada, se acostó a dormir. Cuando la Mandinga la vió bien dormida, le clavó tres alfileres en la cabeza y la niña se cambió en tortolita, que salió volando. Entonces la negra se arregló muy bien, se vistió con el traje de la niña y se subió a la cabañita en el ulmo.

Cuando el Rey volvió, corrió a buscar a su esposa, y, en lugar de Flor-de-Ulmo, encontró a la Mandinga.

—¡Ay, hijita!—le dijo—. ¿Cómo te hallo tan negra?

—¡Ay!--le repuso ella—. Los aires me han puesto así.

El Rey, muy desconsolado, la llevó a palacio.

Pasó algún tiempo, y el Rey no podía conformarse de que su niña tan preciosa se hubiera puesto tan horrible. Un día que se paseaba la Mandinga en sus jardines, vió una tórtola que se paró en un naranjo, y dijo al hortelano:

—Hortelanito del Rey, ¿qué hace el Rey con su negra mora?

El hortelano le contestó:

—A veces canta y a veces llora.

El pajarito se voló diciendo:

—¡Huy! ¡huy! ¡huy! ¡Triste de mí, por el campo sola!

La Mandinga, que lo oyó, se puso muy asustada, creyendo que iba a ser descubierta. Al día siguiente, era el Rey el que se paseaba por el jardín, cuando la tórtola se vino a posar en el naranjo y cantó al hortelano:

—Hortelanito del Rey, ¿qué hace el Rey con su negra mora?

Y el hortelano le repuso:

—A veces canta y a veces llora.

Otra vez la tortolita voló diciendo:

—¡Huy! ¡huy! ¡huy! ¡Triste de mí,
por el campo sola!

El Rey, que no alcanzó a oírla bien,
preguntó al hortelano:

—¿Qué decía esa avecita?

El hortelano se lo refirió.

—Es necesario—dijo el Rey—poner en la
rama donde suele posarse un poco de pez
para cazarla; pues yo quiero tomarla a
toda costa.

La Mandinga, que vió al Rey hablan-
do con el hortelano, vino corriendo a de-
cirle:

—No, yo no quiero. A mí me hace mu-
cho mal ese pájaro.

Pero el Rey no puso atención a lo que
pedía.

—¡Hortelanito del Rey!
¿Qué hace el Rey con su
negra mora?

—A veces canta, y a
veces llora...



Al otro día, la tórtola volvió y cantó como de costumbre:

—Hortelanito del Rey, ¿qué hace el Rey con su negra mora?

—A veces canta y a veces llora—le repuso.

Ella decía:

—¡Huy! ¡huy! ¡huy! ¡Triste de mí, por el campo sola!

Quiso volar y se quedó pegada en la rama. Entonces el hortelano la tomó y la llevó al Rey. La Mandinga, que vió aqué- llo, estaba desesperada, pidiéndole al Rey que la echara a volar, pues la vista de las tórtolas la enfermaba.

—Mucho mal me hace ese pájaro—le decía—. ¡Quítelo de mi presencia, o me muero!

El Rey, sin hacerle caso, principió a acariciar a la tortolita, y, pasándole la mano por la cabeza, encontró un alfiler.

—¡Ay!—dijo—¿quién ha sido el malvado que ha clavado un alfiler en la cabeza de esta avecita?

La negra gritó más y más fuerte que la echaran a volar ligero, que ya no soportaba más. El Rey tiró del alfiler y vió que la avecita principiaba a ponerse muy diferente; siguió buscándole y encontró otro, y luego otro alfiler. Entonces los sacó, y, al hacer esto, vió cómo la tortolita se transformaba en su mujer, tan linda y tan preciosa y tan blanca como cuando él la dejó. Muy sorprendido, el Rey le preguntó:

—¿Cómo te has vuelto tórtola?

—Esa negra que tienes ahí—le dijo—me hizo bajar del árbol, y, mientras dormía, me clavó estos alfileres, y cuando desperté, me hallé hecha tortolita.

El Rey muy indignado con la negra, la mandó matar; después, quemar y echar

las cenizas al viento para que ni recuerdo quedara de ella; y en seguida hizo preparar grandes fiestas y todo el pueblo se regocijó con su Rey y su Reina.

Y se acabó el cuento, se lo llevó el viento y pasó por un zapatito roto, para que el viernes me cuente otro.

C U P O N

mamita

CONCURSO DE PASCUA

N.º 3

Una serie de 5 cupones
dará derecho a 1 número.

EL CANJE DE CUPONES

comenzará el 1.º de octubre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!

INSTRUCCIONES A LOS CONCURSANTES:

Coloque con tinta negra los nombres más importantes. Marque las ciudades con un punto y póngales su nombre. Dibuje con tinta o lápiz azul oscuro el curso de los ríos. Delínee las montañas con tinta o lápiz café oscuro. (Puede usar acuarela, si gusta).

Los colores convencionales usados en todos los mapas son: azul para las aguas; verde para las llanuras y café para las tierras altas o montañas.

Trace con línea quebrada el límite de los departamentos en las provincias que tienen más de uno.

Concurso de Mapas Mudos de

mamita

Obsequiamos 10 BOLETOS para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.



Típos colo-
niales:

La antigua
Moneda.

ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado, desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.